

EL PROBLEMA DE LA ALIENACIÓN DEL TRABAJO

THE PROBLEM OF LABOR ALIENATION

Martin Osmel Soliz Bernal¹

Joel Biermann²

Resumen: El trabajo es un don de Dios para los hombres, un mandato evangélico que nos envía al mundo para servirle a Él y al prójimo. Dios nos manda a disfrutar de nuestro trabajo en dos sentidos. Disfrutar de sus frutos, comiendo, bebiendo y supliendo todas nuestras necesidades, y disfrutar de lo que hacemos. Trabajar con alegría porque esto agrada a Dios.

Palabras-claves: Teología del trabajo. Adoración. Vocación.

Abstract: Work is God's gift to mankind, an evangelical mandate that sends us into the world to serve Him and our neighbor. God commands us to enjoy our work in two ways. To enjoy its fruits, eating, drinking and supplying all our needs, and to enjoy what we do, to work with joy because it pleases God.

Keywords: Theology of work. Worship. Vocation.

¹ Graduado en el Seminario el Reformador de la República Dominicana. Actualmente es pastor misionero en la ciudad de Tarija, Bolivia. Este ensayo es el resultado del curso Trabajo, ocio y día de descanso: una reflexión sobre la finalidad de la existencia humana, impartido por el Dr. Joel Biermann del 10 al 14 de julio de 2023.

² Professor na área da Sistemática no Concórdia Seminary, St. Louis, Estados Unidos.

INTRODUCCIÓN

El trabajo en sí mismo no es un problema, sino todo lo contrario, “un regalo que proviene de la mano de Dios (Ecl. 2:24). Dios creó al hombre y uno de los propósitos fue trabajar y guardar la tierra (Gn. 2:15). Además, todos los seres humanos necesitan trabajar para sostener a su familia, sus gastos en el hogar o sus actividades de ocio. El apóstol Pablo advierte: «Si alguno no quiere trabajar, que tampoco coma.» (2 Tes. 3:10). Entonces el trabajo es importante y necesario para servir a Dios y a nuestro prójimo. Sin embargo, en nuestra sociedad actual se ha implantado una cultura de trabajo excesivo que deja de lado a Dios, a la familia y a sus prójimos, para servirse a sí mismos. El trabajo ha perdido la razón o el sentido de ser. En vez de ser un medio, se ha vuelto un fin en sí mismo. Por tanto, este ensayo buscará el lugar propio del trabajo y sus propósitos para los cuales fue creado.

LA CULTURA DE “TOTAL WORK”

El término “trabajo totalitario” fue usado por el filósofo alemán Josef Pieper en su libro: *Ocio y la vida intelectual* (1948). Después de la segunda guerra mundial, Alemania había quedado totalmente devastada. Por tanto, debía ser reconstruida y levantada. Todas las actividades estaban enfocadas en el trabajo, bajo los principios del utilitarismo, producción, y dinero. Tanto así que se volvió una cultura enfocada al trabajo. Pieper describe su situación preguntándose si el objetivo de la existencia humana es trabajar (ser trabajador) o vivir para el trabajo:

Evidentemente, el ejercicio de la función profesional especializada *es la* forma normal de la actuación humana; lo normal es el «trabajo», lo cotidiano es el día laborable. El problema es si el mundo del hombre se agota con ser un «mundo del trabajo», si el hombre consiste simplemente en ser funcionario, «trabajador», si la existencia humana adquiere su plenitud siendo exclusivamente existencia que trabaja cotidianamente (PIEPER, 1948, p.37).

Andrew Taggart, un filósofo contemporáneo, complementa el concepto de trabajo totalitario, de Josef Pieper, diciendo:

“El ‘trabajo total’ es el proceso mediante el cual los seres humanos se transforman en trabajadores y nada más. De esta manera, sostengo que el trabajo llegará a ser *total en última instancia cuando sea el centro en torno al cual gira toda la vida humana*; cuando todo lo demás se pone a su servicio; cuando el ocio, la fiesta y el juego se asemejan y luego se convierten en trabajo; cuando no queda ninguna otra dimensión de la vida más allá del trabajo; cuando los humanos creemos plenamente que nacimos sólo para trabajar; y cuando otras formas de vida, que existían antes de que triunfara el trabajo total, desaparezcan completamente de la memoria cultural (KOWALSKI, 2015).³

La cultura del trabajo totalitario está siendo cada vez problema para todo el mundo. En Japón surgió el síndrome de *karoshi*, que significa “muerte por exceso de trabajo”. En los Estados Unidos se usa el término *Workaholic* que significa “adicción al trabajo”.

En el contexto de Bolivia, ocurre algo similar, pero de la otra cara de la moneda: el desempleo. Aunque las autoridades del gobierno aseguran que el desempleo disminuyó en este año,⁴ la realidad de las calles es que hay más personas desempleadas. Por lo que las personas aceptan cualquier trabajo disponible, sin importar el exceso de horas de trabajo (12 horas), sin seguro de salud, ni gratificaciones. Además, el 80% de los trabajadores son informales en Bolivia como taxistas, meseros de restaurantes, vendedores ambulantes o emprendedores. Por supuesto que estos trabajos son excesivos y con poca remuneración. Por otro lado, el trabajo formal, ya sea público o privado, se torna excesivo bajo la amenaza de despido. Por estos motivos, muchas personas no tienen tiempo para estar con la familia, descansar, tomar vacaciones o ir a la iglesia. Todo su tiempo está siendo absorbido por el trabajo que es una necesidad de supervivencia.

³ <https://www.sloww.co/total-work/>

⁴ Según <https://www.ine.gob.bo/index.php/la-tasa-de-desocupacion-en-bolivia-disminuyo-en-09-p-p-en-2022/>

EL TRABAJO COMO PARTE DE LA CREACIÓN DE DIOS

El primer trabajador es Dios, porque Él es el sujeto principal de la obra de la creación (Sal. 44:1, Job 33:29). El hizo al hombre con sus propias manos (Sal. 8:6, Gn. 2:7). Dios es activo por naturaleza. Jesús dijo: Hasta ahora mi Padre trabaja, y yo también trabajo (Jn. 5:17). Según el credo apostólico, al Padre se le atribuye el trabajo de la creación. Al Hijo se le atribuye el trabajo de la redención. Y al Espíritu Santo el trabajo de la santificación (Gn. 1:26, Jn. 14:11, Mt. 28:19). Y han puesto también a los seres humanos como parte de su creación continua para preservar y promover la vida (BLANK, 2017, p.84).

El trabajo es uno de los mandatos de Dios a los seres humanos. Cuando Dios creó al hombre y a la mujer a su *imagen y semejanza* los bendijo con las siguientes palabras: «¡Reproduzcanse, multiplíquense, y llenen la tierra! ¡Domínenla! ¡Sean los señores de los peces del mar, de las aves de los cielos, y de todos los seres que reptan sobre la tierra!» (Gn 1:28). El mandato de dominar y ser señores sobre toda la creación se refiere al trabajo ya que Adán y Eva eran los representantes de Dios en la tierra. Sin embargo, este dominio y potestad no es una tiranía y explotación, sino más bien como Génesis 2:15 amplía el trabajo del hombre de “cultivar y guardar” la creación.

En Génesis 2 encontramos más específicamente el trabajo de Adán. En el v.5 encontramos que “no había nadie que cultivará la tierra”, entonces “del polvo de la tierra Dios el Señor formó al hombre” (v.7) y Dios mismo “plantó un huerto en Edén” (v.8) y “tomo al hombre y lo puso en el huerto de Edén, *para que lo cultivara y lo cuidara*” (v.15). En estos versículos podemos resaltar varias cosas:

1. Dios es quien formó al hombre y lo puso en el huerto que había plantado. Él es el dador de vida y del trabajo como un don.
2. La estrecha relación que tiene el hombre con la tierra. Él fue formado de ella, tiene que trabajar en ella, y por causa de la caída, debe volver a ella (Gn. 3:19).
3. El hombre recibió el mandato divino de trabajar con las palabras “cultivar y guardar el huerto del Edén”. Por tanto, el trabajo era parte del orden de la creación de Dios antes de la caída en pecado, y el hombre fue creado para para trabajar “cultivar y guardar”.

En el v.15 encontramos dos verbos hebreos muy interesantes *abad* (trabajar) y *shamar* (guardar) que tienen un sentido más profundo.

El verbo *abad* en su forma verbal de qal⁵ tiene varios significados: trabajar, cultivar, servir a otro, prestar servicio en el culto, celebrar un rito, rendir culto (CHAVEZ, 1992, p.432). En la Septuaginta se utiliza el verbo *Ergazomai* que significa: hacer, efectuar, oficiar (ritos del templo) trabajar por (TAMEZ, 1978:72). Gerhard Kittel y los autores del resumen del diccionario teológico del NT, comentan *el trabajo humano como tarea encomendada por Dios*:

El concepto de premio y castigo presupone que Dios nos encarga realizar los *erga* (trabajos). Este es el punto en Génesis 2:15 (cf. Is. 28:23ss). Dios respalda toda la obra de la civilización, y si Génesis 1 y 2 difícilmente constituyen una base para el gozo en el trabajo o para el trabajo como parte de la revelación divina, ciertamente ofrecen una base para la creencia en que el trabajo se hace por encargo divino (KITTEL, 2003:200).

En su tratado sobre la libertad cristiana (1520), Lutero ejemplifica que las obras del creyente son como las obras de Adán y Eva en el paraíso:

Las obras de un cristiano que ha sido justificado y santificado graciosamente por su fe en la sola gracia de Dios tienen que ser contempladas como si fuesen las de Adán y Eva en el paraíso. Se dice en el Génesis (cap.2) que después de crearle, colocó Dios al hombre en el paraíso para que lo cultivase y guardase. Dios había creado a Adán del todo justo, sin pecado, y no necesitaba su trabajo y su custodia para santificarse y justificarse. Mas, para que no estuviese ocioso le confió Dios algo que hacer: plantar, cultivar y guardar el paraíso. Eran obras totalmente libres y realizadas con la finalidad exclusiva de agradar a Dios, no para lograr una justificación que ya poseía y que se nos habría infundido también a nosotros en estado natural (OL, 1967, 155).

5 En hebreo hay siete formas verbales: Qal, Nifal, Piel, Pual, Hifil, Hofal, Hitpael. El verbo Qal es la forma activa del verbo. Es decir, el hombre es el sujeto de la acción del verbo. En este caso trabajar o cultivar.

En su comentario a Génesis de 1535 Lutero comenta que el trabajo para Adán, antes de la caída, no era fastidioso o agotador, sino, placentero en obediencia a Dios y sumisión a su voluntad (LUTERO, 1999, 1:48). Más adelante, en el capítulo 2, Lutero amplía diciendo: “El trabajo, que en el estado de inocencia habría sido diversión y alegría, ahora es un castigo... Pero es apropiado en este caso también señalar que el hombre fue creado no para ocio, sino para el trabajo, incluso en el estado de inocencia” (LUTERO, 1999, 2:24).

Por tanto, el trabajo, antes de la caída no era visto de manera negativa, sino placentero y libre para el hombre, y por otro lado, con su trabajo el hombre agradaba a Dios, le servía y le rendía culto por todos sus beneficios.

El verbo *shamar* en su forma verbal de qal tiene las siguientes traducciones según el diccionario hebreo de Moisés Chavéz: “guardar, cuidar, respetar, proteger, conservar, tener presente, observar, mantener el sitio, montar guardia, vigilar, obedecer (en referencia al camino de Dios), esperar” (CHAVEZ, 1992:645). La Septuaginta utiliza el verbo *filasso* que significa: hacer guardia, custodiar, vigilar, guardar, obedecer, seguir, preservar, cuidar (TAMEZ, 1978:72). Kittel escribe que en la Septuaginta se usa el verbo para describir la actitud de los hombres respecto a la alianza (Éx. 19:5) y respecto a las leyes del culto. Guardar y atesorar los caminos del Señor (Jue 2:22), guardar los conocimientos, la verdad, la rectitud, y la paz (Mal. 2:7). Con respecto a la actitud de Dios a los hombres, dice:

Dios observa, guarda, protege, etc. (Job 13:27; 10:14). Cuida de los animales y de los hombres (Job 39:1; Jer. 5:24). Él es el Guardián o Vigía (Sal. 12:7; 17:1, etc.). Custodia a Israel (Sal. 121:4), guarda la ciudad (127:1) y vela por los forasteros, los pobres, los justos, etc. (146:9; 97:10). Guarda su alianza (1 R. 3:6) y mantiene la verdad (Sal. 146:6). Guarda a los malvados para el día malo (Pr. 16:9). Pero no guarda su ira para siempre (Jer. 3:5) (KITTEL, 2003:1009).

Aunque Kittel no comenta Génesis 2:15, vemos más ampliamente que Dios cuida y protege su creación por medio de nosotros, los hombres. Él desea que el hombre no solo trabaje la tierra para servirle, sino que la proteja, la custodie, y la preserve. San Agustín, un padre de la iglesia antigua, comenta acerca de custodiar la creación:

En cuanto a que el hombre fue colocado en el paraíso para trabajarlo y custodiarlo, diremos que aquel trabajo era más bien honroso que fatigoso, porque uno es el trabajo del paraíso y otro muy distinto el de la tierra, al que fue condenado después por causa del pecado. Cuál fuera la condición de aquel trabajo lo demuestran las palabras que se añadieron «para custodiarlo», pues en la tranquilidad de la vida feliz, donde no existe la muerte, todo trabajo se reduce a custodiar lo que se tiene (LOUTH, 2003:121-22).

San Agustín entiende que el trabajo de custodiar la tierra fue honroso y que Adán y Eva solo debían mantener el huerto que Dios plantó para su beneficio. Esto es muy importante porque la creación fue un regalo del Señor para trabajarla y protegerla y no para destruirla o descuidarla. Por supuesto que este encargo sigue aún para nosotros, pero no solamente con la tierra sino con todo lo creado. Andreas Karlstadt, un teólogo contemporáneo de Martín Lutero, pensaba que el trabajo con la tierra o con el esfuerzo era el trabajo propio del hombre, por lo que las personas debían convertirse en agricultores o jardineros. Sin embargo, Lutero pensaba que cada persona sirve al Señor en sus diferentes trabajos y vocaciones:

Por lo tanto, tenemos que rechazar totalmente la opinión de quienes sostienen que sólo el trabajo manual puede ser llamado trabajo. La declaración de Cristo es clara; Él ordena que los que enseñan deben tener el beneficio del trabajo de los demás. “Cuando entren en una casa”, dice Él (Lucas 10:5-7), “primeramente decid: „Paz a esta casa“, comiendo y bebiendo lo que tengan; porque el obrero es digno de su salario”. Aquí el Señor toma el pan de la mesa de los que escuchan la Palabra de Dios y se lo da a los maestros. Del mismo modo, Pablo también dice: “El que enseña el Evangelio debe vivir también en el Evangelio” (1 Co 9:14). Y en apoyo de esta declaración también cita el precepto de la Ley: “No pondrás bozal al buey que trillare” (Deuteronomio 25:4). Por otra parte, ¿para qué era la orden de pago de los diezmos dados al labrador que trabaja y cuida su campo, si los ministros de la Palabra deben ganarse la vida mediante su propia mano de obra? Estos y otros pasajes muestran claramente que el sudor de la cara es de muchos tipos: el primero es el de los agricultores o jefes de hogar; el segundo es el de los funcionarios del estado; y el tercero es el de los maestros en la iglesia (LUTERO, 1999, 3:52).

Aquí Lutero ya menciona que hay tres tipos de trabajos o vocaciones: en el hogar, en el estado, y en la iglesia que Dios ya estableció en su creación. Incluso Lutero describe como Adán ejercía sus tres vocaciones en el Paraíso: “Mientras vivió, Adán sólo sostuvo todas estas posiciones entre sus descendientes. Él mantuvo a su familia, la rigió, y la formó en la piedad; él era padre, rey, y sacerdote” (LUTERO, 1999, 3:54). De las vocaciones hablaremos más adelante para conocer donde Dios ha colocado a cada persona para trabajar y servirlo con alegría.

EL TRABAJO Y EL PECADO DEL HOMBRE

Antes de la caída el trabajo era libre, voluntario, placentero con el objetivo de agradar y servir a Dios. Después de la caída, se volvió una carga dolorosa, y fatigosa que todos los seres humanos debían cumplir por necesidad. En Génesis 3:17-19, Dios dice:

¹⁷ Al hombre le dijo: «Puesto que accediste a lo que te dijo tu mujer, y comiste del árbol de que te ordené que no comieras, maldita será la tierra por tu causa; con dolor comerás de ella todos los días de tu vida.¹⁸ Te producirá espinos y cardos, y comerás hierbas del campo.¹⁹ Comerás el pan con el sudor de tu frente, hasta que vuelvas a la tierra, pues de ella fuiste tomado; porque polvo eres, y al polvo volverás.»

En esta maldición que Dios le dio al hombre, se observa que las consecuencias de la caída en pecado fueron tanto para la tierra como para hombre. Ambos son castigados y maldecidos. La tierra, aunque no cometió ningún pecado, también es maldecida. “Porque la creación fue sujeta a vanidad, no por su propia voluntad, sino porque así lo dispuso Dios, pero todavía tiene esperanza” (Ro. 8:20). La tierra que producía todo tipo de plantas buenas, árboles que dan frutos y semillas y que servían de alimento, ahora producirían cardos y espinas y toda mala yerba. Lutero comenta que los “espinos y cardos” que la tierra produce de manera automática, son sermones de Dios en su creación para recordarnos la caída en pecado:

“Espinass y cardos te producirá”. Una vez más se nos recuerda que la tierra no produce nada de este tipo por su cuenta, sino a causa del pecado de Adán, como lo había dicho antes en tantas palabras, “en tu cuenta”. Por lo tanto, cada vez que vemos las espinas y los cardos, las malas hierbas y otras plantas de este tipo en un campo y en el jardín, se nos recuerda del pecado y de la ira de Dios como por signos especiales. No sólo en las iglesias, por lo tanto, nos oímos a nosotros mismos acusados de pecado. Todos los campos, sí, casi toda la creación, está llena de esos sermones, recordándonos de nuestros pecados y de la ira de Dios, que se ha suscitado por nuestro pecado (LUTERO, 1999, 3:51).

El hombre también fue maldecido. Antes Adán solo tenía que cultivar y guardar la tierra con gozo y alegría para que reciba de ella sus alimentos. Ahora tenía que trabajar la tierra con dolor y ganarse el pan con el sudor de su frente. La tierra sería ahora su tumba “pues polvo eres, y al polvo volverás” (Gn. 3:19). Por causa de la caída en pecado, no solo Adán y Eva quedaron bajo maldición, sino toda la creación: animales, peces, aves, plantas, el sol, la luna, el mar, la tierra, etc. incluso el trabajo. Todo quedó infectado por el dolor y sufrimiento.

A partir de la caída, se ve como el pecado corrompió todas las cosas, incluso el trabajo. El teólogo católico Pedro Rodríguez comenta que el trabajo servía para continuar la creación de Dios, servirle y rendirle culto. Ahora se invertirían los términos, el hombre, por el trabajo, buscaría erigirse como un dios y servirse de la creación (RODRIGUEZ, 1977, p.194). Esto es visible en Génesis 11, en la torre de Babel.

En él aparece el pecado de orgullo puesto en específica relación con el trabajo del hombre, concretamente con el proyecto de edificar una formidable ciudad. Se dijeron los habitantes de aquella tierra, una vez que descubrieron nuevos materiales de construcción: «Epa, vamos a edificarnos una ciudad y una torre con la cúspide en los cielos, y hagámonos famosos» (Gen 11, 4). En Babel el trabajo ya no es gloria a Dios, sino autoafirmación del hombre; y el Cielo ya no es morada de Dios que la promete gratuitamente al hombre, sino algo que el hombre conquistará por sus propias artes: «hagámonos una ciudad cuya torre llegue hasta el cielo...» (RODRIGUEZ, 1977, p.194-95).

El trabajo que había sido creado para que el hombre diera gloria a Dios, ahora buscaba dar gloria al hombre y adorarlo por sus logros. Y esto mismo sucede hoy en nuestros días. El trabajo ya no busca servir a Dios, sino servir al hombre, darle seguridad, consuelo, alegría, estabilidad emocional y financiera. El trabajo, ahora, es usado para buscar fama, prestigio, honor, de manera que algunos trabajos son más honrosos que otros porque ganan más dinero y dan mayor seguridad. Sin embargo, para Dios todos los trabajos son importantes y necesarios para continuar su creación, y por medio de todos estos, sirvamos al Señor y a su creación.

En el libro de Eclesiastés, el predicador reflexiona sobre su vida y trabajo concluyendo que todo es vanidad de vanidades (Ec. 1:2). Ya en los primeros versículos se pregunta: ¿Qué provecho saca el hombre de todos sus trabajos y de todos sus afanes bajo el sol? (1:3) “no hay nada nuevo bajo el sol” (1:9). El predicador reconoce que “este penoso trabajo nos lo ha dado Dios, para que nos ocupemos de él” (1:13). El predicador hizo de todo en este mundo: buscó más sabiduría, buscó la alegría en los placeres, construyó sin fin de cosas, acumuló riquezas y luego se puso a pensar en el trabajo que le había costado y concluye que “todo era vanidad y aflicción de espíritu” (2:12). Sin embargo, a pesar de ver lo negativo que es el trabajo, en toda su introspección y reflexión encuentra cosas positivas:

²⁴No hay nada mejor para nosotros que comer y beber, y disfrutar de nuestros trabajos. Y he concluido que esto viene de la mano de Dios...²⁶Es un hecho que Dios da sabiduría, conocimientos y alegría a quien es de su agrado, y que al pecador le da el trabajo de recoger y amontonar, para dárselo a quien es del agrado de Dios (Ec. 2:24-26).

²²Lo que he visto es, que no hay nada mejor para el hombre que disfrutar de su trabajo, porque eso es lo que le ha correspondido hacer (Ec. 3:22).

¹⁸Pero algo bueno he visto. Y es que no hay nada mejor que comer y beber y gozar, cada día de nuestra vida, del fruto del trabajo con que nos agobiamos bajo el sol. Ésa es la herencia que de Dios hemos recibido. ¹⁹A cada uno de nosotros Dios nos ha dado riquezas y bienes, y también nos ha dado el derecho de consumirlas. Tomar nuestra parte y disfrutar de nuestro trabajo es un don de Dios. ²⁰Y como Dios nos llena de alegría el corazón, no nos preocupamos mucho por los días de nuestra vida (Ec. 5:18-20).

⁷ ¡Vamos, disfruta de tu pan con alegría, y bebe tu vino con un corazón feliz, porque tus obras son del agrado de Dios! (Ec. 9:7).

¹³ Todo este discurso termina en lo siguiente: Teme a Dios, y cumple sus mandamientos. Eso es el todo del hombre (Ec. 12:13).

Algunas conclusiones acerca del trabajo son: El trabajo es un don de Dios que viene de su mano. Debemos disfrutar del trabajo que Dios nos ha mandado tiene dos sentidos: **primero**, disfrutar del fruto de nuestro trabajo, es decir, disfrutar de nuestro esfuerzo comiendo y bebiendo lo que nos agrada. Y **segundo**, disfrutar el trabajo que hacemos. A pesar de que el trabajo se volvió doloroso y fatigoso, por causa del pecado, es la voluntad que le sirvamos por medio de nuestros trabajos, porque es de su agrado y complacencia. Por esto debemos hacerlo con alegría. **Por último**, Dios promete proveer todas cosas que necesitamos, a través del trabajo. Por eso, no debemos preocuparnos de lo que pasará. Él nos da las riquezas y bienes, alimentos y comida, casa y hogar, esposa e hijas, como dice la explicación de Lutero del primer artículo del Credo. Nuestro deber es, por tanto, temer a Dios y cumplir sus mandamientos, mientras trabajamos.

EL TRABAJO Y LA REDENCIÓN

La obra de redención de Dios comenzó en el libro del Éxodo cuando Dios el Señor liberó al pueblo de Israel de la esclavitud en Egipto. En Éxodo 1 encontramos que los egipcios afligían a los israelitas con duros trabajos. Y que mientras más los oprimían, más se multiplicaban. Entonces los sometieron a los hijos de Israel a una “cruel servidumbre” (1:3). El verbo usado para esclavizar, servir, o trabajar, en hebreo es *abad*, que como vimos en Génesis 2:15, también significa adorar, rendir culto. Con sus duros trabajos y servidumbre, el pueblo de Israel era obligado a adorar y servir a los egipcios. Es por esto que Dios decide liberar a su pueblo de esta esclavitud/adoración para adorarlo a él y rendirle culto en el desierto. Cuando Dios llamó a Moisés en la zarza ardiente le dijo: “Cuando tú hayas sacado de Egipto al pueblo, ustedes servirán a Dios sobre este monte” (Éx. 3:12). Y cuando Moisés y Aarón se presentaron ante el Faraón le dijeron: «El Señor, el Dios de Israel,

dice así: “Deja ir a mi pueblo, *para que celebren en el desierto una fiesta en mi honor.*”»

En Génesis 2:15, Dios le había puesto a Adán y Eva en el huerto de Edén para trabajar y guardar. En Éxodo, Dios libera al pueblo de Israel para adorarlo y guardar sus mandamientos en el tabernáculo (Éxodo 40). Lo que se hace en el tabernáculo y en su construcción es un nuevo trabajo, no por obligación con dureza y rigor, sino libre, placentero, en servicio y adoración a Dios como en el paraíso (Gn 2:15). En el libro de Éxodo vemos la obra de redención del trabajo.

En el Nuevo Testamento, Cristo es presentado como el Nuevo Adán (Rom. 5:12-21) que viene a redimir su creación y hacer una nueva creación (Ef. 2:10). Lo que Adán no pudo hacer “trabajar y guardar” (Gn. 2:15), Cristo lo hizo. Lo que Israel, el pueblo escogido, no pudo hacer “adorar y guardar” (Dt. 13:4, Jos. 22:5, Ec. 12:13), Cristo lo hizo. Cristo vino a trabajar/servir Dios y guardar sus mandamientos (Mt. 4:10, 5:17-18) para redimir al Adán caído, Israel caído, y el mundo caído. El Padre y el Hijo trabajan juntos (Jn. 5:17) para crear y redimir, es una acción conjunta y unida. Chad Bird, en su libro *La Llave de Cristo: Desbloquear la centralidad de Cristo en el Antiguo Testamento*, dice lo siguiente:

El cómplice de este error y, en mi opinión, el error fundamental, es la idea de que la creación y la redención son dos actividades divinas totalmente distintas. No lo son. Cuando Dios crea y cuando Dios redime, no cambia de sombrero ni de uniforme divino. De hecho, no termina de crear y empieza a redimir, ni termina de redimir y empieza a crear. *Cuando el Señor redime, está creando con gracia.* La salvación es una acción creadora. Por medio de su Palabra, hace existir algo, pronuncia su voluntad, “redacta” lo que desea. Así como, por su Palabra, trajo a la existencia los cielos y la tierra, por esa misma Palabra, Jesucristo, trae a la existencia una nueva vida, una nueva esperanza, una nueva naturaleza para su pueblo caído en redención. Por eso Pablo dice que “si alguno está en Cristo, nueva criatura es. Lo viejo ha pasado; he aquí que ha llegado lo nuevo” (2 Cor. 5:17). Esta “nueva” es obra del mismo Dios que hizo la “vieja”. La obra del Mesías no es simplemente perdonarnos o darnos un billete gratis al cielo, sino llevar a cabo una completa re-génesis del mundo, incluyendo una re-génesis de nosotros (BIRD, 2021:112-113).

Cristo recrea el mundo y redime el trabajo de la humanidad en su encarnación. Su nacimiento, su vida, su muerte en la cruz y su resurrección, es decir, toda su vida, fue para redimir su creación y recrearla. “Su trabajo humano ha sido, para todos los hombres, *causa salutis aeternae* (causa de salvación eterna) (Heb 5:9) (RODRIGUEZ, 1977:197).

En el Evangelio de Juan, el Cristo resucitado es visto por María Magdalena como el hortelano/Jardinero (Jn. 20:15). Aunque María Magdalena confundió a Jesús como hortelano, el Evangelista Juan, verdaderamente lo describe como el Jardinero de la nueva creación. Jerónimo, un Padre de la iglesia antigua, comenta este texto diciendo: “Cuando María Magdalena vio al Señor, creyendo que éste era el hortelano... se equivocó ciertamente en su visión; pero este error encerraba en sí un simbolismo. Pues cierto es que Jesús era el hortelano de su jardín, de los árboles de su jardín” (ELOWSKY, 2013:440).

Cristo el nuevo Adán no solo redimió al mundo del pecado, de la muerte y del diablo, sino también de la maldición del trabajo pues está escrito “comerás el pan con sudor de tu frente” (Gn. 3:19). Le devolvió su lugar y propósito para el que fue creado: para servir y agradar a Dios. Como dice San Pablo: “Cuando sirvan, háganlo de buena gana, como quien sirve al Señor y no a los hombres” (Ef. 6:7); “Y todo lo que hagan, háganlo de corazón, como para el Señor y no como para la gente” (Col. 3:23).

EL TRABAJO COMO VOCACIÓN O LLAMADO DIVINO

Martin Lutero reformó el concepto de la vocación que había en la época medieval. En esa época, la vocación solamente era atribuida a los monjes, monjas, sacerdotes u obispos en el sentido de vocación religiosa. Sin embargo, para Lutero la vocación (beruf) es una “ocupación externa” del cristiano. Gustaf Wingren, recopila el entendimiento de Lutero sobre la vocación diciendo: “Lutero no usa Beruf o vocación en referencia a la obra de un no cristiano. Todos tienen una posición y oficio, pero Beruf es una obra terrena o espiritual del cristiano” (WINGREN, 2006:18). Lutero entiende que el cristiano ha sido puesto por Dios en tres diferentes lugares para servir a su prójimo: En el hogar, como padre, madre, hijo o hija. En el gobierno, como autoridad o ciudadano. Y en la iglesia como predicador

o laico. “Todos estos estados o posiciones están al servicio de los demás” (WINGREN, 2006:22).

Lutero distingue el servicio que Dios ejerce sobre su creación a través de dos reinos: el reino terrenal y el reino espiritual. En estos dos reinos, Él demuestra su amor y continúa su creación a través de las diferentes vocaciones:

En su vocación, el hombre realiza obras que posibilitan el bienestar de los demás; porque así Dios realiza todos los oficios. A través de su trabajo en los oficios del hombre, *la obra creativa de Dios continúa* y esta obra creativa es amor, profusión de bienes y dones. Con las personas en sus “manos” o “cooperadores”, Dios concede sus dones a través de vocaciones terrenales en beneficio de la vida del hombre en la tierra (alimentos a través de agricultores, pescadores y cazadores; paz exterior a través de príncipes, jueces y poderes constituidos; conocimiento y educación a través de profesores y padres, etc.). Por la vocación de los predicadores, Dios concede el perdón de los pecados. Así, el amor proviene de Dios y fluye hacia los seres humanos en la tierra a través de todas las vocaciones, no sólo a través del gobierno espiritual sino también secular... Recibe los dones del amor de Dios tanto a través del príncipe como del predicador (WINGREN, 2006:42).

En su tratado sobre la libertad cristiana (1520), Lutero dice que “el cristiano no vive en sí mismo, sino en Cristo y el prójimo; en Cristo por la fe, en el prójimo por el amor. Por la fe sale el cristiano de sí mismo y va a Dios; de Dios descende el cristiano al prójimo por el amor” (OL 1:167). En el mismo escrito dice que el cristiano, justificado por la fe en Cristo, hace sus obras o trabajos como Adán en el paraíso, de manera libre y espontánea con el objetivo de agradar a Dios (OL 1:155).

Por tanto, en las vocaciones o lugares donde Dios nos ha puesto a los cristianos, nosotros servimos a Dios por la fe y a nuestro prójimo por el amor. Estas vocaciones son distintas como padres, como trabajadores o miembros de la iglesia. Siempre con el objetivo de servir a los demás. El trabajo es parte de la vocación, porque por medio de él, Dios ama a su creación y continúa creando y preservándola. Lutero define al trabajo como una orden legítima ordenada por Dios al servicio de los demás por “órdenes legítimas como las ordenadas por Dios: estas son los maridos y

las mujeres, los niños y las niñas, los señores y señoras, los gobernantes, los regentes, los jueces, los funcionarios, los agricultores, los ciudadanos, etc.” (WINGREN, 2006:19).

Dietrich Bonhoeffer, en su libro *Ética*, explica que la Escritura menciona cuatro mandatos divinos que todos los hombres deben cumplir: el trabajo, el matrimonio, la autoridad y la iglesia (BONHOEFFER, 2000, p.57). Él comenta que del trabajo debe brotar un mundo que glorifique a Cristo, le sirva y esté orientado a Él:

Con el trabajo que se funda en el paraíso, se trata de una colaboración del hombre en la obra creadora de Dios. Mediante él, se crea un mundo de cosas y valores que está determinado para la glorificación y servicio de Jesucristo. No se trata de una creación de la nada como en el caso de la creación de Dios, pero sí se trata de una creación de cosas nuevas a raíz de la primera creación de Dios. Ningún hombre puede sustraerse a este mandato... Gracias al mandato divino del trabajo, debe brotar un mundo, que de manera consciente o no, espera a Cristo, está orientado hacia Cristo, abierto para Cristo, le sirve y le glorifica (BONHOEFFER, 2000, p.59).

Nuestro trabajo o vocación debe estar orientado a servir a Cristo, obedecerlo y glorificarlo, como ya mencionamos en Efesios 6:5-8 y Colosenses 3:22-4:1.

EL TRABAJO Y EL DIA DE REPOSO

En el Génesis vimos que, después de formar al hombre del polvo de la tierra, “Tomó, pues, Jehová Dios al hombre, y lo puso (nuah) en el huerto de Edén, para que lo labrara y lo guardase” (Gen 2:15 R60). El verbo en hebreo *nuah*, en su forma verbal de hifil, significa: poner, hacer descansar o dar reposo (CHAVEZ, 1992, p.310). Esto puede significar dos cosas posibles: Dios puso a Adán en el paraíso para descansar y trabajar. O que el trabajo para Adán era un descanso. La segunda opción parece la más adecuada. Como dijimos al principio, el trabajo para Adán antes de la caída en pecado no era fatigoso ni doloroso, sino todo lo contrario, libre, placentero y voluntario con el cual servía y agradaba a Dios (Lutero). Solo

consistía en custodiar y guardar la creación que Él les había dado (Agustín).

En el Éxodo, vimos como Dios liberó a su pueblo de la esclavitud para adorarlo en el desierto. Y allí en el monte de Sión Dios les dijo:

⁸»Te acordarás del día de reposo, y lo santificarás. ⁹Durante seis días trabajarás y harás toda tu obra, ¹⁰pero el día séptimo es de reposo en honor del Señor tu Dios. No harás en él ningún trabajo. Ni tú, ni tu hijo, ni tu hija, ni tu siervo, ni tu criada, ni tu bestia, ni el extranjero que viva dentro de tus ciudades. ¹¹Porque yo, el Señor, hice en seis días los cielos, la tierra, el mar y todo lo que hay en ellos, pero reposé en el día séptimo. Por eso yo, el Señor, bendije el día de reposo y lo santifiqué (Éx. 20:8-11; Éx. 33:12-17, 35:1-3).

Por un lado, ellos descansaban del trabajo para adorar y glorificar a Dios. Y por otro lado, el trabajo en el tabernáculo para el pueblo de Israel no era fatigoso o una pesada carga, sino que, tanto con sus ofrendas como con su trabajo, lo hicieron con buena voluntad y de corazón (Éx. 35:29). Así mismo, la tierra prometida era un lugar de descanso (Jos. 1:2-3). Un lugar donde debían servir al Señor y guardar sus mandamientos. (Dt. 8:1-10, 11:8-21). Un lugar donde fluye leche y miel (Jos. 11:23; 21:44). Allí en la tierra prometida, Dios el Señor les dio descanso para que ellos “le sirvan y guarden sus mandamientos” al igual que en el paraíso (Jos. 22:5, Gn. 2:15).

Sin embargo, el reposo prometido por Dios se cumplió en Cristo. En él hallamos verdadero descanso de todos nuestros trabajos (Mt. 11:28). En las palabras de Cristo, María encontró verdadero descanso (Lc. 10 39, 42). Jesús estaba trabajando todo el tiempo para lograr nuestro descanso. Cuando expulsó a los demonios, cuando calmó la tormenta, cuando alimentó a los 5000 hombres y principalmente en la cruz cuando dijo: Todo está consumado (Jn. 19:30). La iglesia halla el descanso en Cristo cuando recibe el perdón de sus pecados, la vida eterna y salvación.

El Espíritu promete que son “bienaventurados los que mueren en el Señor, porque descansarán de sus trabajos pues sus obras los acompañan” (Ap. 14:13). La muerte en Cristo es un sueño pacífico, un sueño temporal hasta que nuestro Señor regrese. El descanso en la presencia de Dios, como lo fue para Adán en el paraíso, para Israel delante del tabernáculo y en la tierra prometida, ahora es prometido para nosotros en los cielos nuevos y

tierra nueva (Ap.21:3). Allí vamos a continuar con nuestro mandato del Génesis, “adorar al Señor y guardar el nuevo Edén”. Por la fe en Cristo tenemos descanso de todas nuestras obras, por eso, servimos a los demás en amor, con nuestro trabajo de manera libre, placentera en obediencia a la voluntad de Dios.

CONCLUSIONES

Desde el Génesis hasta el Apocalipsis, el trabajo y servicio a Dios es un servicio de evangelio, libre, voluntario, un descanso en Cristo (Ap 14:13). Aunque el pecado impregnó el trabajo, con idolatría, obligación, dureza. Cristo vino a servir a Dios y guardar la ley por nosotros para darnos libertad y salvación. Así el mismo nos envía para servir a nuestro prójimo con alegría, amor, adorar al Señor de todo corazón. En Cristo nuestro trabajo tiene propósito, es hecho con amor, de buena voluntad. Por tanto, podemos concluir lo siguiente. El trabajo es un don de Dios para los hombres, un mandato evangélico que nos envía a servir a Dios y a nuestro prójimo. Dios nos manda a disfrutar de nuestro trabajo, tanto de su fruto como de nuestra vocación. Disfrutar de lo que hacemos porque esto agrada a Dios. Por tanto, el propósito del trabajo es servir y adorar a Dios, cuando trabajamos y servimos a nuestro prójimo.

REFERENCIAS BIBLIOGRAFICAS

- BLANK, Rodolfo. *El libro de Génesis: reflexiones misiológicas y pastorales*. Saint Louis: CPH, 2017.
- BIRD, Chad. *The Chirst key: unlocking the centrality of Christ in the Old Testament*. Ed. Kindle. Irvine: New Reformation Publications, 2021.
- BONHOEFFER, Dietrich. *Ética*. Madrid: Trota, 2000.
- CHAVEZ, Moisés. *Diccionario de Hebreo bíblico*. 3.ed. El paso, Texas: Mundo Hispano, 1997.
- ELOWSKY, Joel. *La biblia comentada por los padres de la iglesia: Ev. Según San Juan 11-21*. Madrid: Ciudad Nueva, 2013.
- KITTEL, Gerhard; FRIEDRICH, Gerhard; BROMILEY, Geoffrey. *Compendio del diccionario teológico del NT*. Michigan: Libros Desafío, 2002.

KOWALSKY, Kyle. *Trabajo total: cuando los humanos se transforman en trabajadores y nada más. ¿Nacimos sólo para trabajar?* 2015. Disponible en: <<https://www.sloww.co/total-work/>>. Acceso en: 5 set.2023.

LOUTH, Andrew; CONTI, Marco. *La biblia comentada por los padres de la iglesia: Génesis 1-11*. Madrid: Ciudad Nueva, 2003.

LUTERO, M. (1999, c1958). *Vol. 1: Luther's Works, vol. 1: Lectures on Genesis: Chapters 1-5*. J. J. Pelikan, H. C. Oswald & H. T. Lehmann (Eds.). Saint Louis: Concordia Publishing House. Traducción al castellano: Carmen Sitzmann, Hohenau, sept.2014. Edición: Rev. Adrián Correnti, Hohenau, 27 oct.2014. Iglesia Evangélica Luterana del Paraguay.

_____. (1967). "La Libertad Cristiana [1520]", en OL 1:149-67.

PIEPER, Josef. *Ocio y la vida intelectual*. 4.ed. Madrid: Rialp, 1948.

RODRIGUEZ, Pedro. *Reflexión teológica sobre el trabajo*. Texto de la conferencia que pronunció su autor en la Asamblea de Delegados de la Asociación de Amigos de la Universidad de Navarra, 1977.

TAMEZ, Elsa. *Diccionario conciso griego-español del NT*. Alemania: Sociedades bíblicas Unidas, 1978.

WINGREN, Gustaf (1957). *Luther on Vocation*. Philadelphia: Muhlenberg Press. Traducción al português: A vocação segundo Lutero: Trad. Martinho Lutero Hoffmann. Canoas: Ed. ULBRA; Porto Alegre: Concórdia, 2006.